

Antonio de Ciudad Real

“De unos despachos que recibió el padre comisario general, de España, y cómo prosiguió su visita hasta Tarécuato”

p. 77-86

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

de Michoacán. Está fundado Zintzuntza como un tiro de arcabuz de una laguna muy grande, de mucha pesca, por la cual se decía y aún dice en lengua mexicana, Michoacán, lugar de pescado, y de allí, como aquel pueblo era la cabecera, se llamó y llama toda la provincia Michoacán, como atrás queda dicho. Es aquella laguna muy grande, en forma de herradura, tiene de box más de veinte leguas; hay en ella nueve isletas, las cinco pobladas de indios y las otras no; una de las pobladas es de la guardiana de Zintzuntza y tiene treinta vecinos, está media legua de tierra firme y dos del convento; tórnase en aquella laguna mucho pescado blanco, más delicado que sustancioso, y mucha suma de unos pescadillos pequeños; y lo uno y lo otro se estima mucho y se lleva hasta México; usan los indios de muchas canoas, en las cuales pescan con cañas y anzuelos y con redes. Dánse en aquel pueblo de Zintzuntza muchos higos, manzanas, duraznos, uvas, membrillos, granadas, naranjas, cidras, limas y limones, y nueces de Castilla de nogales de la tierra injertos. El convento es bueno y estaba acabado, hecho de cal y canto, con su claustro, dormitorio e iglesia, la cual tiene un retablo muy vistoso; hay dentro en casa un aljibe de agua llovediza y una buena huerta, y en ella muchas y muy grandes higueras que llevan gran suma de higos maravillosos y algunos nogales de Castilla y otros de la tierra, de los cuales y de su fruta se dirá adelante. Moraban en aquel convento dos religiosos, visitólos el padre comisario, y detúvose con ellos hasta los ocho de noviembre; la vocación de aquel convento es de nuestro padre San Francisco.

#### [CAPÍTULO LXXIII]

##### *De unos despachos que recibió el padre comisario general, de España, y cómo prosiguió su visita hasta Tarécuato*

Estando el padre comisario general en Zintzuntza recibió un pliego de cartas que le vino de España, en la flota que poco antes había llegado, en el cual le vino una patente del padre fray Gerónimo de Guzmán, comisario general de todas las Indias, en que revocaba las licencias que tenía dadas a frailes destas partes para ir a España, mandando que no las cumplieren sin comunicarlas primero con el padre comisario, a cuya disposición dejaba su cumplimiento; y con esta patente le vino otra del mismo, en que declaraba el breve cerca de recurrir los frailes a tribunales fuera de la orden, diciendo incurrir en las penas en el breve contenidas los que,

*directe* o *indirecte*, por sí o por tercera persona, acudieren a los dichos tribunales; y desde allí, de Zintzuntza, escribió a los prelados de la orden, avisando lo que de nuevo pasaba en la provincia del Sancto Evangelio, y pidiendo pusiesen en todo remedio, y luego prosiguió su visita, como agora se dirá.

Domingo nueve de noviembre salió de Zintzuntza el padre  
NOVIEMBRE comisario ya de día, con una mala y espesa niebla, y ca-  
1586 minando por junto a la laguna sobredicha y pasado un riachuelo y unas casas y milperías, y andada legua y media llegó a un bonito pueblo de los mismos indios y obispado, visita de clérigos, llamado Santa Fe. Pasó de largo, y andada otra legua y media de camino pedregoso, en partes orilla de la misma laguna, llegó a decir misa al pueblo y convento de San Hierónimo Purechécuaro, en el cual fue muy solemnemente recibido, con mucha música de trompetas y chirimías, y muchos indios a caballo y tres o cuatro danzas, en una de las cuales salió un indio en figura de la muerte, y con él otro en figura y traje de negro diciendo muchas gracias, así a los frailes como a los indios y a la misma muerte, con la cual fue un rato jugando al quince con unos naipes viejos, y cuando no jugaba tañía una guitarra y decía donaires, hablando como negro bozal. Tenían hechas los de San Hierónimo muchas ramadas y en una dellas estaba un indio viejo que representaba a San Pedro, con unas grandes llaves en la mano y en la otra una red grande levantada en alto, en la cual había asidos algunos peces; en otra ramada estaba San Pedro y San Andrés, el San Pedro con otras llaves y el San Andrés con otra red, la cual tendió al tiempo que el padre comisario pasaba, y parecieron en ella muchos pececillos de los de aquella laguna, sobre la cual estaba fundado aquel pueblo, en su misma orilla; es de mediana vecindad de indios tarascos, y de los mismos son los demás de aquella guardianía, y todos caen en el mismo obispado de Michoacán. Tiene aquel pueblo el mismo temple de Zintzuntza, y así se dan en él las mismas frutas y mucho trigo, como en Zintzuntza, y los pescados de por allí son mejores que los de la banda de Zintzuntza, por estar más guardados del norte; no hay de allí a Zintzuntza por el agua más de una legua de travesía, pero por tierra hay las tres atrás referidas, porque se dobla una punta que hace allí la laguna. El convento es pequeño, hecho de adobes, y aún no estaba acabado; tiene muy buena vista a la laguna; moraban en él dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Martes once de noviembre partió de San Hierónimo de día claro, y andado un cuarto de legua llegó a otro pueblo del mismo tamaño y de aquella guardianía, llamado San Andrés, puesto junto a la misma laguna; hízosele allí muy buen recibimiento, y a instancia y por consuelo de los

indios entró a ver la iglesia y casa que estaban haciendo para los frailes que pretenden tener allí, y dejándolos muy contentos y consolados pasó adelante, y pasado un poblecito de cinco o seis casas, llamado Tzuptzeo, de la misma guardianía, llegó a otro mayor de los mismos indios y obispado, visita de clérigos, llamado San Francisco, una legua de San Hierónimo; recibieron allí con música de trompetas, y acudieron muchos indios a tomar su bendición. Pasó adelante, y andadas tres leguas y pasada a la meitad del camino una fuente, y poco más adelante dos poblazuelos de los mismos indios y obispado, visita de clérigos, llegó finalmente al pueblo y convento de Tzacapo, a tiempo que dijo misa, donde fue muy bien recibido; salieron una gran legua más de treinta indios a caballo, con mil disfraces, y fueron todo aquel trecho corriendo y haciendo mal a los caballos, y jugando y regocijándose con otros veinte indios de a pie, que en traje de chichimecas con sus arcos y flechas y cabelleras, iban haciendo mil monerías. Pasó el padre comisario unos arroyos y ciénagas, por una calzada y puente de madera, y llegado al pueblo salió un indio con vara de alguacil y vestido de español, caballero en un buey grande, con una manta vieja pintada por gualdrapa, que le cubría todo de pies a cabeza, como dicen, el cual era tan manso que le llevaban los indios de un cabestro que le habían echado al pescuezo, y aun era tan lerdo y espacioso, que para que anduviese le iban picando con la punta de un cuchillo por encima de la gualdrapa; al paso del buey fue el padre comisario muy despacio hasta llegar al convento, en cuyo patio y puerta había tantos indios e indias que no le dejaban pasar, acudiendo todos a besarle la mano y hábito; luego acudieron con sus ofrendas de pan de Castilla, y plátanos y pescado. El convento, cuya vocación es de Santa Ana, tenía acabada la casa con su claustro, dormitorios y huerta; la iglesia se iba haciendo, moraban allí tres religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente; el pueblo está fundado a las haldas de unas serrezuelas, y junto a las mismas casas hay muchos ojos y manantiales de agua muy buena, de los cuales se hace un riachuelo, y de éste una laguna, allí junto, en que se crían almejas y pescado blanco muy bueno; pasa aquella agua adelante, y juntándose con ella otros manantiales, va toda a dar al Río Grande de Toluca. Los indios [de] Tzacapo, con los de las visitas, son todos tarascos y caen en el obispado de Michoacán; cójese por allí miel blanca, mucha y muy buena.

Jueves trece de noviembre partió el padre comisario muy de madrugada de Tzacapo, y luego en saliendo de la puerta del convento halló un golpe de indios e indias de una visita que le venían a ver con una ofrenda de dos quesos; tras éstos acudieron muchas viejas con otra ofrenda de *tomates*

(que es una frutilla redonda y colorada, a manera de guindas, que se echa en los guisados, de la cual hay muchas diferencias) y le pidieron con mucha instancia que en aquel capítulo no quitasen de allí al guardián que tenían, porque todos estaban muy contentos con él, y que riñese y castigase a dos indios que impedían la obra del edificio de la iglesia de aquel convento. Consolólos el padre comisario a los unos y a los otros, y agradeció a las viejas su devoción y espíritu, y luego comenzó su jornada; y volviendo a andar una legua por el mismo camino que había llevado desde San Hierónimo, llegó al primer pueblo de los dos de los clérigos, echó hacia mediodía, y pasando por entre otros dos pueblos algo apartados del camino, y andadas cinco leguas con un frío recísimo, porque toda es tierra alta y fría, entre pinares, y llegó a decir misa al pueblo y convento de Erongarícuaro, donde fue muy bien recibido. Está aquel pueblo fundado orilla de la laguna de Zintzuntza; es de mediana vecindad y de gente devota; cógese por allí mucho trigo de lo que llaman siete espigas, y de lo común y ordinario; ofrecieron los indios al padre comisario mucho pan de Castilla, pescado, higos y otras frutas. El convento estaba todo acabado, con su iglesia; solamente le faltaba por cubrir los corredores altos del claustro; viene a la huerta una fontecita de buena agua, que se trae por unas canales de madera que llaman canoas, está edificado en un alto, orilla de la misma laguna, y descúbrese desde él gran parte della; su vocación es de la asunción de nuestra Señora y moraban en él dos religiosos; visitólos el padre comisario, y detúvose con ellos aquel día y el siguiente; los indios de aquel pueblo y los demás de aquella guardiana son tarascos y del obispado de Michoacán, y una de las visitas cae en una isla de aquella laguna, y llámase San Pedro Xarécuaro, la cual tenía como treinta indios.

Sábado quince de noviembre partió el padre comisario, ya salido el sol, de Erongarícuaro, y andada una legua de cuesta arriba entre llanos y media de tierra llana, todo entre pinares, llegó al pueblo y convento de Pechátaro, donde fue asimesmo muy bien recibido. El pueblo es muy pequeño, de los mismos indios y obispado; dánse en él muchos y muy buenos duraznos, manzanas y peras; la gente es muy devota y ofrecieron al padre comisario fruta y pan de Castilla. El convento es asimesmo pequeño, hecho de adobes y cubierto de paja, tiene una bonita huerta en que se dan muchas frutas y hortalizas de Castilla; riégase con agua de un arroyo muy pequeño, que traen al pueblo por unas canales de madera. Moraban en aquel convento (cuya vocación es de Santo Tomás) dos frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos dos días; no tiene aquel convento ninguna visita. Los indios de Pechátaro son tarascos y del obispado de Michoacán.

Lunes diez y siete de noviembre salió de madrugada el padre comisario de aquel pueblo, y andadas dos leguas, lo más de cuesta arriba por montañas de pinares, aunque de buen camino, llegó a un buen lugar, visita de clérigos y de los mismos indios y obispado, llamado Sibina o Sabina, donde ya había estado otras dos veces, cuando el año de ochenta y cinco fue desde México al capítulo intermedio de aquella provincia que se tuvo en Guadalajara, y desde allí volvió a México, como atrás queda dicho. Pasó de largo por aquel pueblo, que aún no era amanecido, con un frío recísimo y un camino blanco de la escarcha que hacía; luego que fue de día sobrevino una niebla, tan fría y espesa que hizo notable daño al padre comisario, pero salió el sol y con sus rayos y calor se deshizo la niebla y se mitigó el frío, con la cual pudo caminar y pasar adelante, y así andada legua y media llegó a otro pueblo de los mismos indios y obispado, visita también de clérigos llamado Haranza. Pasó también de largo, y andada media legua de camino llano, como lo había sido la otra legua y media, pasó por otro pueblo de los mismos indios, obispado y visita, llamado San Pedro. Salieron de allí muchas indias con sus niños en los brazos, y se los presentaban al padre comisario para que los bendijese, lo cual hacían cuasi en todos los pueblos de aquella provincia, y en los de la de México es muy ordinario hacerse. Anduvo después otra legua y media de razonable camino y llegó a otro bonito pueblo llamado San Miguel de los mismos indios y obispado y visita. Allí descansó un poco en las casas del clérigo que estaba absente, y prosiguiendo luego su viaje, y andada otra legua en que hay algunas barranquillas, pasó por junto a un poblecito de los mismos indios, visita y obispado, llamado Santa Clara, y andada otra media legua de cuesta arriba, llegó a un pueblo grande de los mismos indios y obispado, visita de augustinos, llamado San Philipe. Recibióronle allí con música de trompetas, y acudieron los principales con la justicia, y otros muchos indios a tomar su bendición; agradeciélos el padre comisario y pasó adelante, y andada legua y media por un camino nuevo lleno de hoyos y tuzares, en que se iban hundiendo las bestias y tropezaban a cada paso, llegó muy lleno de polvo y fatigado del sol al pueblo y convento de Charapa; hizosele allí muy solemne recibimiento, salieron muchos indios de a pie y de a caballo casi una legua, haciendo mucha fiesta y mil monerías; iban los de a pie en traje de chichimecas con sus arcos y flechas; entre los de a caballo iban dos, asimesmo en aquel traje, los cuales corrían sus caballos sin tomar las riendas, yendo danzando y haciendo meneos con las cabezas y con los arcos, afirmándose sobre los estribos; dábanles gritos de a pie y todos daban grandes risadas, de la manera que lo suelen hacer los chichimecas verdaderos cuando cogen algunos caballos a los es-

pañoles, que van así haciendo burla y escarnio dellos. Está aquel pueblo en un alto y súbese una buena cuesta para entrar en él por la parte donde entró el padre comisario; es de mediana vecindad de indios tarascos, de los cuales son los demás pueblos de aquella guardianía, y todos caen en el obispado de Michoacán. No hay pozo ni fuente en aquel pueblo, pero de unas peñas que hay en él se distila tanta agua que se hinche una cisterna que tienen hecha abajo, de la cual beben los frailes y los indios, y aun de allí sale un arroyuelo con que se riega una hortecita del convento, y aun pasa adelante y beben dél las bestias. El convento, que se intitula San Antonio, es pequeño, que no era más de una casa de visita con su iglesia, hecho todo de adobes y aún no acabado; no moraba en él más de un fraile; visitóle el padre comisario y detúvose allí aquel día y el siguiente, hasta la tarde.

Martes diez y ocho de noviembre, entre las dos y las tres de la tarde salió el padre comisario de Charapa, y con él muchos indios y indias que salieron a despedirse dél y tomar su bendición; agradeciéles su devoción y comedimiento, y andadas tres leguas y media por montañas de pinares, la mitad de cuesta abajo con algunas barranquillas y malos pasos, llegó poco antes de ponerse el sol a un bonito pueblo llamado Patamba, de los mismos indios y obispado de la guardianía de Tarécuato, donde fue recibido con grandísima fiesta, solemnidad y regocijo. Salieron media legua antes de llegar al pueblo más de veinte indios a caballo, medianamente aderezados, vestidos todos como españoles; llevaban muchos dellos unas varas largas a manera de picas, sin hierros, otros llevaban espada de palo y uno un arcabuz, y otro una espada blanca de un español. Éste llegó a caballo delante del padre comisario, y en lengua castellana le dijo que fuese bien venido a su tierra, y que porque había allí chichimecas, venía él con sus compañeros a aseguralle el paso y guardarle, y que no tuviese miedo, que allí estaba él; luego comenzaron todos a correr a una parte y a otra por entre aquellos pinos, dando voces y diciendo y repitiendo muchas veces “Santiago, Santiago”, y al cabo de un rato salieron de entre las matas de improvisado diez o doce indios de a pie, vestidos como chichimecas, con sus arcos y flechas y comenzaron a hacer monerías y ademanes, dando gritos y alaridos con que los caballos se alborotaron. Pasando adelante con su fiesta y arremetiendo los unos a los otros, trujo de allí a poco el indio sobredicho de la espada blanca, un chichimeca de aquéllos, con una cadena al cuello como de traílla, diciendo que lo había capturado, y haciendo muestras y ademán de quererlo presentar al padre comisario. El captivo hacía visajes, fuerza y piernas, como que se quería soltar, y al fin el de a caballo le hizo soltadizo y se le huyó corriendo como un gamo, que

aunque los de a caballo corrieron tras él, él como de antes quedó libre y los unos y los otros fueron delante del padre comisario, hasta llegar al pueblo; los de a caballo dando carreras por entre los pinos a una parte y a otra, repitiendo muchas veces y diciendo “Santiago, Santiago”, y los de a pie danzando a uso de chichimecas, llevando en medio de todos a uno a caballo con una cabellera blanca. En la entrada y puerta del patio estaba todo el resto de la gente, los indios a una banda, y las indias a otra, los cuales, puestos en procesión y de rodillas, pidieron la bendición al padre comisario; dióselas, y acudieron luego todos a besarle la mano y hábito con una devoción extraña; tenían allí muchas cruces y mangas, y hecho un altar donde había música de chirimías, y estaba un fraile de Tarécuato vestido con capa, el cual recibió al padre comisario como si fuera en el convento. Los indios se fueron a la plaza que estaba pegada con el patio de la iglesia, y los chichimecas se subieron a un peñol y castillo de madera muy alto que tenían hecho, en el cual bailaban mientras los de a caballo andaban corriendo alrededor, pero viendo que anochecía se apearon los de a caballo, y bajaron los del castillo, y todos juntos hicieron un baile y bailaron a su modo un rato al son de un *teponastle*, hasta que la noche los hizo ir a sus casas. Acudieron muchos indios e indias con presentes de plátanos, manzanas y peras, guayabas y pan de Castilla, y uno ofreció una bota de vino que por allí se estima en mucho; los principales y sus mujeres trajeron también sus presentes, y una dellas en nombre de todos con un largo preámbulo, pidió al padre comisario que pusiese en el convento de Tarécuato un religioso más, para que de quince en quince días, y las pascuas, les fuese a decir misa. Dioles el padre comisario gracias por lo que habían hecho, y agradeciéoles su devoción concediéndoles lo que pedían, con que ellos quedaron muy contentos y consolados. Es aquel pueblo muy alegre y sano, y en que se dan muchas frutas de Castilla; traen a él los indios, para beber, una fontecita de muy buena agua y fría, desde muy lejos, atravesando muchas barrancas, y viene por unas canales de madera. Allí en aquel pueblo hizo colación el padre comisario, y descansó aquella noche, aunque poco, por el demasiado frío que hacía.

Miércoles diecinueve de noviembre salió de aquel lugar, cuando ya salía el sol, y andadas tres leguas y media de buen camino entre pinares, la mitad de cuesta arriba, y la otra mitad de cuesta abajo, llegó al pueblo y convento sobredicho de Tarécuato, donde se le hizo muy buen recibimiento; halló allí a los otros dos difinidores de la parte de Xalisco, con los cuales y con los otros de la parte de Michoacán y con el provincial, se detuvo en aquel convento en negocios que se ofrecieron tocante a la provincia, hasta el martes siguiente, que fue la fiesta de Santa Catalina, la

cual se celebró (por ser abogada del padre comisario) con mucha solemnidad y devoción. Compúsose la iglesia con muchos arcos y flores, y adornóse el patio de altares, por el cual anduvo la procesión con mucha música y grande acompañamiento de indios y de algunos españoles, a los cuales predicó el padre comisario. Iba entre los cantores un indio que muy al vivo remedaba la voz de un pájaro que en lengua mexicana se llama *cenxontlatole*, que quiere decir cuatrocientas lenguas, porque (como atrás se dijo) hace muchas diferencias de voces y cantos y éstas hacía el indio, contrapunteando con las flautas y chirimías, que a todos ponía espanto; hacía lo con una hebra o telilla de cebolla que se ponía debajo de la lengua, casi sin abrir la boca, cosa cierto muy rara. El pueblo de Tarécuato es de mediana vecindad, más caliente que frío, por estar fundado al pie de unas cuevas abrigado del norte, danse en él todo género de naranjas y limas y otras frutas de tierra caliente y de tierra templada, y viene a él una fuente de agua muy buena. El convento, cuya vocación es de Santa María de Jesús, está acabado con su iglesia, claustro, dormitorios y huerta, y es de los antiguos, hecho de piedra y adobes; residen en él cuatro frailes a los cuales visitó el padre comisario. Todos los indios de aquella guardiana son tarascos y caen en el obispado de Michoacán.

Desde este convento despachó el padre comisario general a México a fray Francisco Séllez, que es el otro religioso que vino desde Guatemala, con recados para el virrey, Audiencia y oidores como queda dicho, el cual, después de haber estado recluso y detenido en el convento de San Francisco de México muchos días, a voz de que el virrey o Audiencia lo mandaba, al fin, sin negociar cosa alguna, le dieron libertad para que se fuese donde quisiese; él se vino a la presencia del padre comisario y le alcanzó en Erongarícuaro, y de allí fue en su compañía hasta Tarécuato, desde donde le envió con cartas para el mismo virrey y para los oidores, entre los cuales había ya dos nuevos que habían venido de España en aquella flota, representando a los unos y a los otros los daños y inconvenientes que se seguirían si pasase adelante y se ejecutase lo proveído por la Audiencia, en razón de que el padre comisario no usase de su jurisdicción con los frailes de la provincia del Santo Evangelio; y dando facultad al mismo Séllez para poder pasar en el convento de Tlatilulco, o en el de San Cosme de los descalzos, o donde le pareciese estaría más seguro para negociar aquello y cobrar otros recados que esperaba de España, y se entendía venían en la flota. Lo que Séllez negoció adelante se dirá a su tiempo; agora será bien pasar adelante con el proceso de la visita.

Miércoles veintiséis de noviembre salió el padre comisario muy de mañana de Tarécuato, y pasado allí junto al pueblo una muy honda barranca

por una puente de piedra, y andadas tres leguas en que se pasan dos o tres arroyos y una fuente, llegó buen rato después de salido el sol a un pueblo de los mismos indios y obispado, visita de augustinos, llamado Xaripu. Saliéronle a recibir con música de trompetas, y a la entrada del pueblo estaba toda la gente junta aguardando a que pasase y les diese la bendición, y los que no pudieron acudir allí salieron después a las encrucijadas y aun a la salida del pueblo corriendo al mismo efecto; tenían barridas todas las calles por donde el padre comisario había de pasar, y antes de llegar al pueblo habían arrancado muchas piedras para allanar el camino, todo con tanta devoción que a los muy indevotos se la pusieran. Pasó adelante el padre comisario, y pasados otros dos o tres arroyos y andadas otras tres leguas, llegó al pueblo y convento de Huanimba, llamado Xiquilpa en lengua mexicana, donde se le hizo muy buen recibimiento, así por parte de los religiosos como de los indios; media legua antes del pueblo estaba hecha en el camino una ramada, y de ella colgada una campana, la cual tañeron los indios y la repicaron cuando pasó el padre comisario, regocijando también la fiesta con una danza de chichimecas contrahechos; hasta allí salió el corregidor de aquel pueblo y comarca con otro español, y le acompañó hasta Xiquilpa. Está fundado aquel lugar en un llano o valle al pie de un cerro muy alto y cercado por otra parte de otros, y así es tierra caliente en que se dan naranjas, cidras, limas y limones, y otras frutas de tierra caliente; corre por él un bonito arroyo; es de mediana vecindad, de indios tarascos y tzaultecas, que es lengua por sí, y muchos dellos saben la lengua mexicana; los de las visitas de aquella guardianía casi todos son tarascos, y los unos y los otros caen en el obispado de Michoacán. Hay allí junto a Xiquilpa muchas y muy buenas dehesas en la ribera de la laguna de Chapala, en las cuales, en tiempo de seca, se apacienta infinidad de ganado menor de lo que va de México y Querétaro y otras partes como en España en Extremadura. El convento, cuya vocación es de San Francisco, nuestro padre, estaba acabado con su claustro, dormitorio e iglesia, todo pequeño y hecho de adobes; tiene una bonita huerta en que entra un golpe de agua que se saca de el arroyo sobredicho, con que se riegan muchos naranjos, cidros, limas y limones, plátanos y aguacates y otros árboles que hay en ella; moraban allí dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente.

Viernes veintiocho de noviembre salió de Huanimba o Xiquilpa, tan de madrugada que a las ocho de la mañana tenía andadas seis leguas no largas, pero todas de cuesta arriba, entre llanos y de camino no muy bueno, y se halló en un bonito pueblo llamado Matzamitlan de indios tarascos,

de la guardianía, de Xiquilpa, donde se le hizo muy buen recibimiento. A las cinco leguas corre un arroyo junto al cual había una estancia de ganado mayor, a la cual llaman de Larios, y luego una laguna en que había muchas ánsares pardas como las de Castilla; poco más adelante estaban unas milperías y junto a ellas corría otro arroyo de muy buena agua, y media legua de allí está el pueblo sobredicho, el cual está fundado en una sierra muy alta, en la ladera de otra más alta; hace en él mucho frío, porque dicen es el pueblo más alto de toda la Nueva España. Dase por allí miel blanca muy buena, y críase unos animalejos a manera de mar-tas, cuyos pellejos son muy estimados y hacen dellos ropas muy preciosas; cázanlos los indios de noche en aquellas sierras y venden cada pellejo por un real. Ofrecieron los indios al padre comisario huevos, fruta y algunos pescados, y detúvose allí todo aquel día. Es aquel pueblo el último de la parte de Michoacán y de aquel obispado, a los que por allí van derechos a Guadalajara.

#### [CAPÍTULO LXXIV]

*De cómo el padre comisario entró en la parte y obispado de Xalisco  
prosiguiendo su visita, y de la laguna de Chapala*

Sábado veintinueve de noviembre salió el padre comisario muy de madrugada de Matzamitlan, y bajada una grande cuesta allí junto al pueblo, llegó a una ciénaga, la cual pasó por una calzada y por cinco o seis ponzuelas de madera. Pasadas después muchas quebradas y reventones, y andada una legua, pasó por unas milperías de los indios de aquel pueblo, y una legua más adelante pasó por junto a una fuente de buen agua que está cercada del camino a la banda del norte, después un arroyo, y luego llegó a un riachuelo donde descansó un poco; anduvo después otra legua, y llegó a un pueblo despoblado llamado Taluquilla, por junto al cual corre otro arroyo donde halló hecha una ramada, y en ella algunos indios con ánimo de darle de comer en aquel sitio; pero no se detuvo allí el padre comisario, así por ser de mañana como porque iba muy arromadizado y pretendía llegar presto al pueblo, y así pasó de largo, y andadas otras dos leguas llegó al pueblo y convento de Teucuitlatlán, siete leguas largas de Matzamitlan, donde se le hizo muy buen recibimiento. Son todas aquellas siete leguas de cuesta abajo, entre llanos, con muchas barranquillas y pedregales, y para entrar en el pueblo se baja una cuesta de media legua